##  EL EVANGELIO DEL REINO DE DIOS

*«Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: "Se ha cumplido el tiempo, está cerca el Reino de Dios; convertíos y creed la Buena Noticia"»*. Con estas palabras describe el evangelista Marcos el comienzo de la vida pública de Jesús y, al mismo tiempo, menciona el contenido fundamental de su predicación (1,4s). También Mateo resume la actividad de Jesús de este modo: «*Recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas y proclamando el Evangelio del reino, curando toda enfermedad y las dolencias del pueblo*» (4, 23; 9, 35). Ambos evangelistas definen el anuncio de Jesús como «*Evangelio*». Pero ¿qué es realmente el Evangelio?

Recientemente se ha traducido como «*Buena Nueva*»; sin embargo, aunque suena bien, queda muy por debajo de la grandeza que encierra realmente la palabra «E*vangelio*». Este término forma parte del lenguaje de los emperadores romanos, que se consideraban señores del mundo, sus salvadores, sus libertadores. Las proclamas que procedían del emperador se llamaban «evangelium», independientemente de que su contenido fuera especialmente alegre y agradable. Lo que procede del emperador es mensaje salvador, no simplemente una noticia, sino transformación del mundo hacia el bien.

Cuando los evangelistas toman esta palabra —que desde entonces se convierte en el término habitual para definir el género de sus escritos—, quieren decir que aquello que los emperadores, que se tenían por dioses, reclamaban sin derecho, aquí ocurre realmente: se trata de un **mensaje con autoridad que no es sólo palabra, sino también realidad**. En el vocabulario que utiliza hoy la teoría del lenguaje se diría así: el Evangelio no es un discurso meramente informativo, sino operativo; no es simple comunicación, sino acción, fuerza eficaz que penetra en el mundo sanándolo y transformándolo.

El contenido central del «*Evangelio*» es que **el Reino de Dios está cerca**. Se pone una marca en el tiempo, sucede algo nuevo. Y se pide a los hombres una respuesta a este don: la conversión y la fe. El centro de esta proclamación es el anuncio de la proximidad del Reino de Dios; anuncio que constituye realmente el centro de la palabra y la actividad de Jesús.

Todo depende de cómo entendamos las palabras «*Reino de Dios*» pronunciadas por Jesús, y qué relación tenga el anuncio con Él, que es quien anuncia: ¿Es tan sólo un mensajero que debe defender una causa que en último término nada tiene que ver con El, o el mensajero mismo es el mensaje?

Antes de profundizar en las palabras de Jesús para comprender su anuncio —sus acciones y su sufrimiento—, puede ser útil considerar brevemente cómo se ha interpretado la palabra «*reino*»; en la interpretación que los Santos Padres hacen de esta palabra clave podemos observar tres dimensiones.

En primer lugar, **la dimensión cristológica**. Orígenes ha descrito a Jesús —a partir de la lectura de sus palabras— como el reino en persona. **Jesús mismo es el «*reino*»**; el reino no es una cosa, no es un espacio de dominio como los reinos terrenales. Es persona, es Él. La expresión «*Reino de Dios*», pues, sería en sí misma una cristología encubierta. Con el modo en que habla del «*Reino de Dios*», Él conduce a los hombres al hecho grandioso de que, en Él, Dios mismo está presente en medio de los hombres, que Él es la presencia de Dios.

Una segunda línea interpretativa del significado del «*Reino de Dios*», que podríamos definir como «*idealista*» o mística, considera que **el Reino de Dios se encuentra esencialmente en el interior del hombre**. Esta corriente fue iniciada también por Orígenes, que en su tratado Sobre la oración dice: «*Quien pide en la oración la llegada del Reino de Dios, ora sin duda por el Reino de Dios que lleva en sí mismo, y ora para que ese reino dé fruto y llegue a su plenitud...*»

La tercera dimensión en la interpretación del Reino de Dios podríamos denominarla eclesiástica: en ella **el Reino de Dios y la Iglesia se relacionan entre sí** de diversas maneras y estableciendo entre ellos una mayor o menor identificación.

Esta última tendencia, se ha ido imponiendo cada vez más sobre todo en la teología católica moderna, aunque nunca se ha perdido de vista totalmente la interpretación centrada en la interioridad del hombre y en la conexión con Cristo.

Entretanto se ha extendido en amplios círculos de la teología, particularmente en el ámbito católico, una reinterpretación secularista del concepto de «*reino*» que da lugar a una nueva visión del cristianismo, de las religiones y de la historia en general, pretendiendo lograr así con esta profunda transformación que el supuesto mensaje de Jesús sea de nuevo aceptable. Se dice que antes del Concilio dominaba el eclesiocentrismo: se proponía a la Iglesia como el centro del cristianismo. Más tarde se pasó al cristocentrismo, presentando a Cristo como el centro de todo. Pero no es sólo la Iglesia la que separa, se dice, también Cristo pertenece sólo a los cristianos. Así que del cristocentrismo se pasó al teocentrismo y, con ello, se avanzaba un poco más en la comunión con las religiones. Pero tampoco así se habría alcanzado la meta, pues también Dios puede ser un factor de división entre las religiones y entre los hombres.

Por eso es necesario dar el paso hacia el reinocentrismo, hacia la centralidad del reino. Éste sería, al fin y al cabo, el corazón del mensaje de Jesús, y ésta sería la vía correcta para unir por fin las fuerzas positivas de la humanidad en su camino hacia el futuro del mundo; **«*reino*» significaría simplemente un mundo en el que reinan la paz, la justicia y la salvaguardia de la creación.** Este «*reino*» debería ser considerado como el destino final de la historia. Y el auténtico cometido de las religiones sería entonces el de colaborar todas juntas en la llegada del «*reino*»... Por otra parte, todas ellas podrían conservar sus tradiciones, vivir su identidad, pero, aun conservando sus diversas identidades, deberían trabajar por un mundo en el que lo primordial sea la paz, la justicia y el respeto de la creación.

Por este camino parece posible que el mensaje de Cristo sea aceptado finalmente por todos sin tener que evangelizar las otras religiones. Su palabra parece haber adquirido, por fin, un contenido práctico y, de este modo, la realización del «*reino*» se ha convertido en una tarea común y, según parece, más cercana. Pero, examinando más atentamente la cuestión ¿Quién nos dice lo que es propiamente la justicia? ¿Qué es lo que sirve concretamente a la justicia? ¿Cómo se construye la paz? A decir verdad, se manifiesta como una serie de habladurías utópicas, carentes de contenido real.

Pero lo más importante es que por encima de todo destaca un punto: Dios ha desaparecido, quien actúa ahora es solamente el hombre. El respeto por las «*tradiciones* *religiosas*» es sólo aparente. En realidad, se las considera como una serie de costumbres que hay que permitir a los hombres, aunque en el fondo no cuenten para nada. La fe, las religiones, son utilizadas para fines políticos. La religión interesa sólo en la medida en que puede ayudar en organizar el mundo. La semejanza entre esta visión postcristiana de la fe y de la religión con la tercera tentación resulta inquietante.

Volvamos, al Evangelio, al auténtico Jesús. Nuestra crítica principal a esta idea utópico-secularizada del reino era: Dios ha desaparecido. Ya no se le necesita e incluso estorba. Pero Jesús ha anunciado el Reino de Dios, no otro reino cualquiera. Por tanto, **con la expresión «*reino de los cielos*»** no se anuncia sólo algo transcendente, sino que **se habla de Dios**, que está tanto aquí como allá, que sobrepasa infinitamente nuestro mundo, pero que también es íntimo a él. Se habla de la soberanía de Dios sobre el mundo, que acontece en la historia de un modo nuevo.

Al hablar del reino de Dios, Jesús anuncia simplemente a Dios como el Dios vivo que es capaz de actuar en el mundo y en la historia de modo concreto y está actuando precisamente ahora como Señor de la historia.

El anuncio del reinado de Dios se funda —como todo el mensaje de Jesús— en el Antiguo Testamento, que Él lee como un todo. Desde el siglo VI antes de Cristo, a la vista de las catástrofes en la historia de Israel, el reinado de Dios se convierte en expresión de la esperanza futura para lo cual es importante la figura del «*hijo del hombre*», que ha de traer el reinado. Hay algo nuevo que se manifiesta «*Se ha acercado el reino de Dios*» (Mc 1, 15), «*ha llegado a vosotros*» (Mt 12, 28), está «*en medio de vosotros (Lc 17,21*». Sé expresa un proceso de venida que ya está en marcha y afecta a toda la historia.

El mensaje de Jesús acerca del reino recoge afirmaciones que expresan la escasa importancia de este reino en la historia: es como un grano de mostaza, la más pequeña de todas las semillas. Es como la levadura, una parte muy pequeña en comparación con toda la masa, pero determinante para el resultado final. Se compara repetidamente con la semilla que se echa en la tierra y allí sufre distintas suertes: la picotean los pájaros, la ahogan las zarzas o madura y da mucho fruto. Otra parábola habla de que la semilla del reino crece, pero un enemigo sembró en medio de ella cizaña que creció junto al trigo y sólo al final se la aparta (Mt 13, 24-30).

Otro aspecto de esta misteriosa realidad de la «soberanía de Dios» aparece cuando Jesús la compara con un tesoro enterrado en el campo. Quien lo encuentra lo vuelve a enterrar y vende todo lo que tiene para poder comprar el campo, y así quedarse con el tesoro que puede satisfacer todos sus deseos. Una parábola paralela es la de la perla preciosa: quien la encuentra también vende todo para hacerse con ese bien, que vale más que todos los demás (Mt 13, 44ss).

Lo que Jesús llama «*Reino de Dios, reinado de Dios*», es sumamente complejo y sólo aceptando todo el conjunto podemos acercarnos a su mensaje y dejarnos guiar por él. El «reino» no consiste simplemente en la presencia física de Jesús, sino en su obrar en el Espíritu Santo. En este sentido, el Reino de Dios se hace presente aquí y ahora, «se acerca», en Él y a través de Él.

La nueva proximidad del reino de la que habla Jesús, y cuya proclamación es lo distintivo de su mensaje, esa proximidad del todo nueva reside en Él mismo. A través de su presencia y su actividad, Dios entra en la historia aquí y ahora de un modo totalmente nuevo, como Aquel que obra. Por eso ahora «se ha cumplido el plazo» (Mc 1,15); por eso ahora es, el tiempo de la conversión y el arrepentimiento, pero también el tiempo del júbilo, pues en Jesús, Dios viene a nuestro encuentro. En Él ahora es Dios quien actúa y reina, reina al modo divino, es decir, sin poder terrenal, a través del amor que llega «hasta el extremo» (Jn 13, 1), hasta la cruz. Él mismo es el tesoro, y la comunión con Él, la perla preciosa.

El tema «*Reino de Dios*» atraviesa toda la predicación de Jesús. Por eso sólo podemos entenderlo desde la totalidad de su mensaje. Veremos que Jesús habla siempre como Hijo, que en el fondo de su mensaje está siempre la relación entre Padre e Hijo. En este sentido, Dios ocupa siempre el centro de su predicación; pero precisamente porque el mismo Jesús es Dios, el Hijo, toda su predicación es anuncio de su propio misterio, cristología, es decir: discurso sobre la presencia de Dios en su propio obrar y ser. Veremos cómo éste es el punto que exige una decisión y cómo, por ello, el que conduce a la cruz y a la resurrección.